

aunque anteriormente ha afirmado:

*“Sevilla a veces me llama
el Burlador, y el mayor
gusto que en mí puede haber
es burlar una mujer
y dejarla sin honor.”*

(Jornada II, escena VIII).

3. D. Juan nace de un reflejo de la realidad pero con un ritmo vertiginoso: episodios, conquistas amorosas, huidas de toda especie, contacto con la vida de ultratumba; todo nos hace evocar el Romanticismo más puro. No es de extrañar su posterior tratamiento por parte de tantos y tan diversos autores.

“Aquel continuo cambio de lugar y aquella rauda marcha de la acción, tan censurados por la crítica, fueron otro gran acierto de Tirso; marcaban el ritmo arrebatado del tempestuoso carácter dramático de D. Juan, y daban al espectador, sucesivamente sorprendido, fascinado, aterrado, la sensación de haber vivido en el convencional escorzo cronométrico del espectáculo, la vida audaz, aventurera, legendaria, pecadora, sacrilega y trágicamente exterminada del Burlador.”⁴

En esta obra, Tirso, gran pintor psicológico de la mujer, rechaza esta posibilidad y sus señoras, damas y doncellas apenas están dibujadas. A él le importa exponer la variedad de la acción, los estragos y destrozos de este hombre, lo hiperbólico de su personaje central; lo demás está difuso, eclipsado.

En *“La prudencia en la mujer”*, el plano es totalmente distinto. Pasamos a un tema histórico de la Edad Media. (¡Qué misterioso poder de atracción ejerce la Edad Media en todos los románticos!). Y precisamente por histórico, parece que debemos ajustarnos más a los hechos, a la realidad, y limitar las extrapolaciones; contar con un ritmo más pausado, exponer los hechos ante el espectador con ojos también de espectador.

Sin embargo, la objetividad histórica es sólo la urdimbre sobre la que tejerá una obra totalmente libre. Ya es sintomático que elija un

4. BLANCA DE LOS RÍOS. *“Tirso de Molina. Obras dramáticas completas”*. Vol. II, pág. 558. Madrid, 1946.